

Mar
7
Ene
2014

Evangelio del día

[Segunda semana de Navidad](#)

Hoy celebramos: **San Raimundo de Peñafort (7 de Enero)**

“Convertíos porque está cerca el Reino de los Cielos”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 22 – 4, 6

Queridos hermanos:

Cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada.

Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio.

Queridos míos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo.

En esto podréis conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo.

Vosotros, hijos míos, sois de Dios y lo habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha.

Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha.

En esto conocemos el Espíritu de la verdad y el espíritu del error.

Salmo de hoy

Salmo 2, 7-8. 10-12a R/. Te daré en herencia las naciones

Voy a proclamar el decreto del Señor;

él me ha dicho: «Tú eres mi Hijo:

yo te he engendrado hoy.

Pídemelo:

te daré en herencia las naciones;

en posesión, los confines de la tierra». R/.

Y ahora, reyes, sed sensatos;

escarmentad, los que regís la tierra:

servid al Señor con temor,

rendidle homenaje temblando. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 4, 12-17. 23-25

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea.

Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:

«Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los gentiles.

El pueblo que habitaba en tinieblas

vio una luz grande;

a los que habitaban en tierra y sombras de muerte,

una luz les brilló».

Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo:

«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos».

Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

Su fama se extendió por toda Siria y le traían todos los enfermos aquejados de toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados, lunáticos y paralíticos. Y él los curó.

Y lo seguían multitudes venidas de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Nosotros somos de Dios”

Aún tenemos latente el calor del espíritu navideño. El Dios Creador, que nos hizo a su imagen y semejanza, se nos entrega nuevamente encarnado en un infante, en uno de los nuestros. Y así se hace presente y asume nuestra realidad humana. Se hace hombre para enseñarnos a ser hombres nuevos, creaturas de Dios, conforme a su imagen bondadosa.

Esa es la enseñanza que nos transmite S. Juan en esta primera Carta. En una comunidad convulsa y perseguida, el Apóstol les transmite la confianza esencial: «somos de Dios». Dios sigue escribiendo nuestra historia desde dentro, desde la memoria y el ser de su Hijo Jesús. Eso significa creer en el nombre de su Hijo Jesucristo, en lo que Jesús es y nos hace ser. Hemos renunciado al hombre antiguo, al sinsentido del mundo y de los falsos profetas, del Anticristo, para vivir conforme a las enseñanzas y el Espíritu del Hijo de Dios. Y si somos de Dios, estamos llenos de esperanza, tenemos nuestra vida depositada en Él y nadie ni nada puede arrebatarlos ni entristecernos. Dice S. Juan: «lo que pidamos a Dios con fe, lo recibiremos de Dios, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que a Él le agrada.»

También nosotros nos llenamos de esa profunda alegría que debe inundar nuestro corazón, porque el Espíritu de Dios habita en nosotros y nuestra esperanza está cumplida. Y esa presencia hace que hagamos lo que a Dios le agrada, que es «amarnos como hermanos». Quien tiene y siente a Dios, que nos ha recuperado como creaturas nuevas, participa en la inmensa tarea de recrear el mundo y hacerlo Reino de Dios, espacio del amor, la alegría, la fraternidad y la esperanza. Ser, como dice el Papa Francisco, gozo del Evangelio de la nueva creación.

“Recorría toda Galilea enseñando, proclamando el Evangelio, y curando todas las enfermedades y dolencias del Pueblo”

El evangelista Mateo comienza así a narrar la andadura mesiánica de Jesús. Jesús recoge el testigo de Juan Bautista, retirándose discretamente hacia Cafarnaúm, para iniciar la presencia del Reino de los Cielos en la tierra. Jesús es el reflejo de lo que Dios quiere para nosotros los hombres. Él es el enviado del Padre para enseñarnos. Enseñarnos que Dios es Padre, que mira por sus hijos, que conoce hasta el último de nuestros cabellos. Él es la Luz, la radiante presencia de Dios en el mundo.

También es el Camino, la Verdad y la Vida, la encarnación de Dios, su Evangelio. Él trae la Buena Noticia, el amor de Dios en medio de nosotros, el reencuentro con el Padre, su salvación.

La alegría de sabernos queridos y salvados por Dios nos convierte en mensajeros de su Reino, predicadores de un mundo nuevo donde tenga espacio la alegría, la fraternidad, un nuevo orden natural querido por Dios. El evangelio se ocupa y cura las enfermedades y dolencias, las necesidades y angustias del hombre. Así inicia su andadura Jesús. Nada de lo que le suceda al hombre extraña a Dios, antes bien, toda la realidad humana se reorienta hacia la vida saludable y salvífica del Padre. El dolor, la enfermedad, las necesidades y carencias..., todo lo limitado del hombre ha sido salvado en Jesucristo.

Nosotros como hijos de Dios en Cristo, como buenos cristianos, también tenemos la gran tarea de reconquistar el mundo para Dios, de hacer presente su evangelio, su mensaje de salvación, porque «todo lo que hicisteis por uno de estos más pequeños, por Mí lo hicisteis.»



D. Oscar Salazar, O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

Hoy es: San Raimundo de Peñafort (7 de Enero)

San Raimundo de Peñafort

(1175-1275)

Semblanza espiritual

San Raimundo de Peñafort se dio del todo al estudio de las letras y de las artes liberales. De vuelta de Roma a Barcelona, escribe un tratado sobre el sacramento de la Penitencia; otro, sobre visitas pastorales, a petición de los obispos de Aragón; y uno más sobre la compra y la venta, para regular las relaciones justas entre los comerciantes cristianos.

Recibe con amabilidad a débiles e importantes. Predica cruzadas como itinerante, sin dispensarse de ayunos, vigiliass y observancias de la Orden. Gran amante de la Virgen María, colaboró en la fundación de la Orden de la Misericordia o Merced, cuyo objeto fue la redención de los cristianos cautivos de los moros, o con bienes materiales o quedando cautivos los religiosos para que no peligrase la fe de los cautivos.

Escribió una Suma de Moral y de Derecho que fue guía especialmente para los jóvenes en la resolución de los casos de conciencia. En honra de Nuestro Señor Jesucristo, de la gloriosa Virgen María y de Santa Catalina Mártir, compuso la Suma Raimundiana.

Gran penitente en vigiliass y en ayunos, entregado a la predicación, con gran cuidado de los pobres y oprimidos de los que fue defensor. Consejero prudentísimo, el legado pontificio lo recomendó al Sumo Pontífice que le nombró capellán de su palacio, penitenciario mayor y confesor suyo.

San Raimundo de Peñafort tenía gran humildad y prudencia en dar consejos, recibiendo a las personas que le consultaban con benignidad y dulzura.

[Su biografía en la sección de Grandes Figuras](#)

Oración Colecta

Oh Dios, que diste a san Raimundo
una entrañable misericordia
para con los cautivos y pecadores;
concédenos, por su intercesión,
que, rotas las cadenas del pecado,
nos sintamos libres
para cumplir tu divina voluntad.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

O bien:

Dios todopoderoso y lleno de bondad,
que muestras en los ejemplos
y enseñanzas de san Raimundo
que la plenitud de la ley es el amor de caridad;
infúndenos, clemente, tu Espíritu
para que nuestros corazones vivan de esa caridad
y caminen verdaderamente en la libertad de tus hijos.
Por nuestro Señor Jesucristo...

Oración de los fieles

Celebrante: Invoquemos con fervor a Dios Padre, que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Diácono:

Por los que llevan el nombre de cristianos, para que trabajen por la unión de todos en Cristo y sean fieles al Evangelio. Roguemos al Señor. R/ Te lo pedimos, Señor.

Por nuestros gobernantes, para que Dios les conceda saber mantener la justicia y la paz. Roguemos al Señor.

Por los que sufren, para que sepan unir sus sufrimientos a la pasión de Cristo y ayuden a la Iglesia a crecer en santidad. Roguemos al Señor.

Por los que se dedican al estudio y a la aplicación de las leyes, para que sepan inspirarse, como san Raimundo, en la misericordia y la justicia del Evangelio. Roguemos al Señor.

Por los que estamos reunidos en torno al altar, para que sepamos difundir a nuestro alrededor la bondad y la alegría. Roguemos al Señor.

Celebrante:

Mira, Señor, con bondad a tu pueblo y defiende con tu protección a los que se confían a tu bondad. Por Cristo nuestro Señor. R/ Amén.

Oración sobre las ofrendas

Al presentar en tu altar, Señor,
nuestras plegarias y ofrendas,
te pedimos nos concedas
aquel amor a tu servicio
que tan generosamente
infundiste en san Raimundo,
para que cumplamos
con fidelidad tus preceptos.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Que el sacramento que hemos recibido, Señor,
al celebrar con gozo
la fiesta de san Raimundo,
fortalezca y afirme nuestra voluntad,
para llegar por el amor
a la plenitud de la ley.
Por Jesucristo nuestro Señor.